

# EDITORIAL

La mirada acuciosa que se detiene en las cuestiones palpitantes del desarrollo no puede desentenderse de los momentos de definición política que asume una nación. En el mes de julio, México se apresta a elegir a sus gobernantes y representantes políticos. La singularidad de este hecho radica en que el país se distingue, en el concierto latinoamericano, por cancelar las posibilidades para cambiar el modelo de desarrollo, imbuido por el pensamiento neoconservador y las proclamas neoliberales, y recientemente afianzado por el realismo salvaje de una estrategia coercitiva y punitiva que vulnera el de por sí desgarrado tejido social.

Pese a que ya se ha experimentado un proceso de alternancia electoral, luego de una prolongada supremacía monolítica encabezada por un partido de Estado, el PRI, la asunción del derechista PAN, con el respaldo de un sector del PRD, no trastocó el modelo neoliberal, sino que más bien contribuyó a profundizarlo, sin reparar en los múltiples costos sociales y ambientales, y en la procreación de generaciones de jóvenes e infantes que advierten que las posibilidades de ascenso social han sido canceladas en definitiva, pues la primacía de los intereses corporativos cancelan otras vías que pudieran buscar el progreso social. Los comicios electorales no se han destacado precisamente por ser un vehículo de cambio en las pautas de acumulación y en las relaciones de poder. Ya en episodios anteriores, el fantasma del fraude electoral ha detenido la pretensión social de remover las directrices institucionales y políticas que tienen el cometido primordial de garantizar altos márgenes de rentabilidad para las grandes corporaciones.

El grueso de la sociedad civil no se ha caracterizado por estar bien informado y organizado ni por mantener autonomía y participar activamente en pos de un proyecto alternativo de nación. Las movilizaciones suelen ser esporádicas, reactivas y coyunturales. Los partidos políticos organizan a las masas populares para aglutinar y orientar el voto, pero en los largos periodos ayunos de campañas electorales existe un divorcio evidente, que pretende ser restañado en los subsiguientes comicios.

En la actual contienda electoral, los cuatro candidatos presidenciales movilizan grandes recursos públicos y privados para ganarse la simpatía del electorado, y para ello pergeñan discursos dadivosos y sensibleros que muy poco han escudriñado sobre las más que evidentes contradicciones del modelo de acumulación y poder, cuya data borda las tres décadas ininterrumpidas. En este rejuego, la política se reduce al ejercicio festivo de la emisión del voto para delegar en políticos profesionales —y éstos a su vez en expertos, consultores y tecnócratas— la supuesta solución de los problemas nacionales.

Seguramente, las alternativas de desarrollo no se encuentran en los autocomplacientes discursos electorales ni en el socorrido recetario de las instituciones financieras, sino que eventualmente pueden emanar de colectivos sociales conscientes, informados, organizados y participativos que no desdeñan los productos de la imaginación y creatividad de los pueblos ni las aportaciones del pensamiento crítico de investigadores e intelectuales.

Humberto Márquez